

Esta obra contiene distintas investigaciones sobre la tradición himnica presente en culturas orientales antiguas como la sumeria, la acadia o la egipcia (finales del tercer y segundo milenio a.C.) y en lugares del Mediterráneo oriental de habla griega en época helenística y romana. El libro se articula en diecinueve capítulos y en la introducción, María-Paz de Hoz, explica algunos aspectos formales del libro, presenta un panorama general sobre los himnos —definición, función, tipos y soportes de transmisión—. Asimismo, propone que en época helenística y romana se compusieron nuevos tipos de a medida que se incrementó el contacto cultural con Oriente.

Inicia Barbara Böck con dos presentaciones sobre los himnos sumerios y acadios en la antigua Mesopotamia. Böck expone que los primeros destacan por la particularidad de sus soportes: dos cilindros huecos de arcilla —de entre 60 cm de altura y 32 cm de diámetro con cerca de 1,200 líneas de texto— conocidos como “Cilindros de Gudea”. Los himnos se dedican a dioses, reyes o templos y fueron redactados por maestros, sacerdotes y funcionarios para aprender la lengua sumeria. Los segundos, coinciden en ciertos rasgos con los anteriores en cuanto a ideas, creencias y epítetos de las divinidades; alaban el poder, atributos y actuaciones del dios; su estilo es diverso y se clasifican en grandes himnos y plegarias, plegarias de reyes asirios y babilonios, himnos acrósticos o himnos procesionales.

En cuanto a la civilización del Nilo, José Ramón Pérez-Acino se remite a los Textos de las Pirámides (2300 a.C.) y a los papiros encontrados en la ciudad de Lahun (1870 a.C.). El autor resalta que los Textos de las Pirámides se encuentran inscritos al interior de los corredores y las cámaras de las pirámides dedicadas al último monarca de la dinastía V y a los miembros de la dinastía VI, los cuales, “parecen acompañar el *viaje post mortem* del monarca hacia las estrellas.” (p. 53)

La colección de más de mil himnos del Rigveda (1700-1200 a.C.), uno de los primeros textos sagrados de la literatura védica y pilar del hinduismo, es objeto de un riguroso análisis por parte de Francisco Javier Rubio Orecilla y Julia M. Mendoza quienes se enfocan en cuestiones como: distinguir este corpus del resto de los Vedas, su transmisión oral, su estructura interna, sus posibles autores, su estilo poético, su datación y su cronología.

Por su parte, Andrés Piquer Otero problematiza si el corpus literario de Ugarit, ciudad portuaria de la región del Levante mediterráneo hasta finales de la Edad de Bronce, puede considerarse parte del género himnico y para ello

examina dos poemas: el *Ciclo de Baal* y *La Boda de Yarikh y Nikkal* llegando a conclusiones reveladoras.

Alberto Bernabé nos invita a pensar en la estrecha relación entre el himno y la plegaria en el Imperio hitita y estudia con detalle el *Himno a Istanu* y el *Himno a la diosa solar de Arinna*. Describe que, en el país de los mil dioses, las plegarias versaron sobre cuestiones terrenales como tener una larga vida, descendencia o prosperidad, pero en el fondo subyace la fórmula *do ut des* en la que el monarca funge como intermediario de su reino con lo divino.

Esta primera serie de capítulos concluye con la investigación de José Virgilio García Trabazo en torno a la posible reconstrucción de un género «hímnico» luwita. Subraya que se conservan algunos testimonios de que los rituales sagrados de este antiguo pueblo anatolio incluían cantos, música instrumental —con tambor, címbalos, laúd o arpa— y danzas.

María-Paz de Hoz vuelve con un capítulo que marca la transición hacia una composición de himnos producto de la hibridación cultural. Contrario al contexto de los himnos tratados anteriormente, en época helenística y romana aumentó la producción de himnos debido a la alfabetización, al uso epigráfico, a su valoración como ofrenda divina y a concepciones religiosas distintas propiciadas por el contacto con Oriente. La autora señala que, a mayor contacto con Oriente, el himno tradicional griego se fue asimilando a una forma de plegaria. Advierte que en la producción hímnica de este periodo se pueden distinguir los himnos tradicionales conformados por una estructura tripartita —invocación, referencias míticas del dios y plegaria—, de los himnos “nuevos”. Estos himnos se caracterizan por una serie de elementos comunes, por ejemplo: una estructura tripartita difusa o inexistente; una menor relevancia de la faceta mítica del dios frente al aumento de elogios, epítetos o aretalogías; una visión teosófica y filosófica del dios, la falta de referencias al *hit et nunc* y su dedicación a dioses greco-orientales, orientales o griegos henoteístas.

Ana Isabel Jiménez San Cristóbal examina un peán en honor a Dioniso (340-339 a.C.), un tipo de poemas destinados usualmente a Apolo y atribuido a Filodemo de Escarfea, en el que la autora identifica algunos elementos de un himno cultual como una estructura tradicional —aunque dichas partes se intercalan en el poema— y también contiene referencias al mito tradicional de Dioniso que evitan sus aspectos sombríos como la locura o la muerte.

A continuación, nos trasladamos a la colonia griega de Susa en el vasto horizonte del imperio parto. Juan Antonio Álvarez-Pedrosa rescata un himno a Apolo compuesto por Herodoro de Susa (s. III-I a.C. o I d.C.) y grabado en una estela de piedra en forma de acróstico. Resalta que este himno muestra similitud con el himno órfico no. 8 dedicado al Sol y encuentra otros epítetos compatibles con la tradición indo-iranía que concuerdan con los himnos avésticos, rasgos que evidencian una hibridación cultural.

Enseguida, Miriam Blanco Cesteros y Raquel Martín Hernández indagan el contexto ritual y las características de dos “grupos” de himnos mágicos. Se trata de composiciones métricas utilizadas por los practicantes de magia greco-egipcia (s. II-I a.C. al V-VI d.C.), transmitidas por los papiros mágicos (*PGM/GEMF*) y heterogéneas por su procedencia, estructura interna, función y estilo. Blanco Cesteros se enfoca en una selección de himnos dedicados a Apolo cuya función es oracular y se relacionan con la tradición literaria-religiosa griega y afroasiática. Martín Hernández revisa los himnos en honor a la «gran diosa» (*PGM IV*) —una amalgama de divinidades femeninas como Hécate, Selene, Ártemis o Perséfone— caracterizados por una relación coercitiva y agresiva hacia la propia divinidad para obtener el amor o propiciar la desgracia de alguna persona.

Otro tipo de himnos vinculados con los anteriores por su estilo, no por sus peticiones, son los *Himnos órficos* (s. II-III d.C.). Marco Antonio Santamaría señala que esta colección de 87 himnos y un Proemio perteneció a una asociación de culto dionisiaca ubicada en Asia Menor. Destacan por un estilo acumulativo de epítetos, la especificación de ofrendas aromáticas y la formulación de peticiones como tener salud, paz, bienestar material o una navegación sin contratiempos.

Ahora, como ejemplo de los himnos en prosa, Mercedes López Salvá explica la estructura, la tipología y el contenido de algunos himnos de Elio Aristides (117-180 d.C.), entre ellos, el himno *A Sarapis* (45), *A Zeus* (43), *A Dioniso* (41) y *Al Mar Egeo* (45). La autora precisa que el orador prefirió la prosa porque ésta le permitía escribir con la proporción y la armonía necesarias para reflejar la omnipotencia divina siguiendo, a su vez, la estructura de los himnos poéticos.

David Hernández de la Fuente reflexiona sobre la poética neoplatónica —ya sea himnica, eulógica u oracular—, la cual, combina ciertas interpretaciones de la filosofía platónica, la tradición himnica y la religiosidad grecorromana para transmitir verdades metafísicas y abrir vías de acceso al conocimiento de lo divino. Así, el autor ilustra el sentido del *Himno al alma* de Plotino, *Himno a las Musas* de Proclo o *Himno al Logos* de Nono.

Miguel Herrero de Jáuregui retoma la tradición órfica y analiza una serie de himnos —atribuidos al mítico Orfeo— utilizados por los primeros autores cristianos como prueba de que Orfeo, considerado uno de los poetas griegos más eminentes, revelaba, en realidad, la existencia de un Dios. Sin embargo, se trata de composiciones que provienen de la apologética judía de época helenística.

Finalmente, Pilar González Casado aborda la clasificación, la estructura y el contenido teológico de algunos himnos de Efrén de Nisibe (306-373 d.C.) quien compuso cerca de quinientos himnos de carácter didáctico y apologético

que reflejaron “su inspiración en la Escritura y el sentido cristológico de su simbología donde lo oculto y lo manifiesto se unen.” (p. 395)

En conclusión, en esta monografía participan reconocidos especialistas y constituye una aportación fundamental para los estudios de la tradición himnica y la historia de las religiones antiguas. Otorga, además, la traducción de algunos himnos y un panorama actualizado sobre las distintas tradiciones himnicas desde el antiguo Oriente hasta el Oriente grecorromano, las cuales, mediante invocaciones, alabanzas y plegarias buscaron un intercambio y una comunicación genuina con lo divino.

María Alejandra Escobar Velázquez

Universidad de Guadalajara (México)

E-mail: alejandra.escobar2464@alumnos.udg.mx